

UN LIBRO RARO, UNA EXTRAÑA OBRA:
ÉPILOGUE DE LA DIVINE COMÉDIE

P O R

J O S E R O J A S G A R C I D U E Ñ A S

ENCONTRAR un libro raro es siempre una excitante y grata sorpresa para el bibliófilo. Dar a conocer el hallazgo es parte de la tarea del investigador, porque su oficio es allegar nuevas adquisiciones al acervo de la cultura, que es bien común y universal, y porque casi nunca puede uno solo averiguar a fondo un punto cualquiera del conocimiento y serán otros, quién sabe quiénes y cuándo, los que cubrirán los huecos e iluminarán las partes oscuras proporcionando nuevos datos o utilizando los anteriores en construcciones más vastas, completando así la investigación inicial.

Tales son los motivos que pueden justificar el estudio subsecuente, advirtiéndole que en él se tratará de un libro al que llamo raro en el modesto sentido de escaso o poco frecuente, no con la pretensión de revelar algo totalmente ignoto. Asimismo se justifica esta divulgación para que se considere esa obra cuando se haga el estudio de conjunto sobre la producción de los escritores franceses en México y, en otro aspecto, porque es curiosa muestra de las repercusiones literarias, a través del océano, de los gravísimos hechos que derrumbaron al Segundo Imperio francés.

*

El libro en cuestión lleva la siguiente portada: "Comte Séguier /
ÉPILOGUE / DE LA / DIVINE COMÉDIE / L'ENFER / UN COIN DU PARADIS

/ ET INCIDEMMENT / UNE AME DU PURGATOIRE / OUVRAGE ORNÉ D'UN
DESSIN DE M. CASIMIRO CASTRO / MEXICO / IMPRIMERIE DE DIAZ DE LEON
ET WHITE / RUE LERDO NUMÉRO 2 / 1873."

La portada interior reproduce, casi íntegramente, a la citada; frente a ella aparece la litografía dibujada por Casimiro Castro, impresa en el taller de V. Debray, la cual no describiré ya que su reproducción en fotograbado acompaña a estas páginas, aunque sí cabe advertir que los valores plásticos han padecido no poco, como sucede en estos casos. En la hoja siguiente hay una dedicatoria que dice: "A la France bientôt victorieuse"; luego un "Avant-Propos", de dos páginas; en seguida, como preliminar, una explicación "Dante et la Divine Comédie" compuesta de breves fragmentos de estudios sobre ese tema.

La primera parte del libro se titula "L'Enfer" y comprende de la página 13 a la 58; la segunda parte se denomina "Un coin du Paradis et incidemment une âme du Purgatoire", de la página 61 a la 157. Las notas correspondientes a una y otra parte, numeradas separadamente (66 para la 1ª parte y 127 para la 2ª) van contenidas entre las páginas 161 y 186. Siguen dos páginas para consignar las erratas y finalmente el índice. No hay colofón. El libro tiene, en total, 192 páginas, incluyendo las seis últimas que van sin foliar y exceptuando la hoja que contiene la litografía, fuera del texto e impresa en otro taller, como quedó dicho. En la cubierta posterior (los forros son de papel azul) se lee: "PRIX: A Mexico, 12 réaux. Dans les États, 15 réaux". El libro mide 20.5 x 14 cms.

La primera parte, *L'Enfer*, comienza mostrando al autor, que será el personaje principal de su propio relato, sentado en el campo una tarde, en la alta meseta mexicana, mirando al oriente, soñando en Francia y maldiciendo a Napoleón III y a los autores de la guerra del 70. Aparece Dante y le dice que a aquellos personajes los ha juzgado el Cielo y están ya en el Infierno, en donde el autor, Séguier, debe visitarlos pues así lo ordena Jesús. Mientras el sol poniente dora la cima nevada del Popocatepetl, por la boca de un próximo volcán extinto Dante y Séguier penetran al Infierno. Volando cruzan las aguas de la Estigia y luego van recorriendo los diversos círculos, donde encuentran a multitud de personajes, como adelante explicaré. Al salir del Infierno pasan por el Limbo de los que han muerto sin bautismo, pero allí sólo encuentra, o mejor dicho sólo menciona, a Virgilio a Ovidio y a Vercingetorix. Salen de esos abismos y van a regresar a México; la excursión, acaso mejor sería decir la incursión, parece haber durado un par de días.

El autor, volando conducido por Dante, en brazos de éste se queda dormido. Así pasa a la segunda parte de su poema: despierta a la luz de la aurora cuando vuela sobre Francia y en la cual mira, como una mancha negra, la Alsacia y la Lorena, provincias perdidas. Mas no tiene siquiera tiempo de llorar porque "... de sa trompe d'ivoire, le paladin Roland va sonner le rappel" y hay que aprestarse a contemplar "le Défilé sublime" que, como veremos, se divide o duplica. Hay un breve paréntesis en que el autor discurre sobre el alma, la vida ultraterrena, etc., mas luego aparece un triángulo de fuego, la Trinidad, presidiendo el coro de santos y María en sitio eminente... pero la escena es tan característica que bien vale la pena repetirla:

Magnifiques tableaux qu'à peine, hélas! j'ébauche!
Plus belle qu'un soleil la Vierge étincela,
Jeanne d'Arc, à sa droite, et Geneviève à gauche.

L'archange Gabriel l'œil ravi, s'installa
A ses pieds transparents comme un cristal de roche;
Saint Bernard vint et dit: *Ave maris stella!*

De chérubins pressés un cercle enferma vite
Et la Reine du ciel et sa petite cour:
Leur appareil ailé, qu'un même élan agite,

Et leurs fins vêtements, qui flottaient à l'entour,
Avaint —comparaison de mon maître émérite—,
Les tons verts de la feuille éclosé au point du jour.

Traits d'union joyeux, dans la ronde charmante
Quatre femmes brillaient, de diverse beauté:
Anne, mère au flanc pur de la Vierge clémente;

Eve, aïeule d'un monde en la Croix racheté;
Lucie et Béatrix, la patronne et l'amante
Du poète éminent dont j'étais l'invité.

(p. 68 v. 13-18 y p. 69 v. 1-12)

Por fin, viene el desfile de las grandes figuras de Francia: lo encabezan Napoleón I, Carlomagno y Clovis. Toda la escena está presidida por los santos franceses, que forman un arcoiris entre las nubes.

Cuando ese primer desfile termina, la Virgen María ordena: "Michel, faites sonner, battre le *Garde à vous.*" Suenan clarines y tambores, los santos, manejados por Séguier como elemento de escenografía, cambian

giendo gran cosecha de ellas entre los buenos alsacianos cuando oye sobre su cabeza el murmullo bélico, llega al cielo y al ver desfilar los ejércitos franceses pide a la virgen le conceda unirse a sus compañeros sólo el tiempo que dure el paso de los soldados. La virgen intercede por él y un ángel anuncia que la súplica ha sido atendida y el suicida queda perdonado. Así termina el "incidente" y prosigue el desfile.

Pasan los rehenes asesinados, los fusilados durante la Commune; luego los que sufrieron ultrajes y crueldades en la guerra, médicos y enfermeras de la Cruz Roja, y el autor acusa a los médicos alemanes de muchos crímenes cometidos contra los cautivos.

Viene en seguida la caballería: Exploradores, Cazadores de Africa, Spahis, Húsares Dragones y Séguier denuncia los fraudes y pillerías de los aprovisionadores del ejército. Llega su turno a los Coraceros, la escena es más solemne; su coronel aparece descabezado, la cabeza separada dirige una salutación a sus soldados, en 20 tercetos, recordando que por orden del mariscal Mac-Mahon los coraceros cargaron sabiendo que iban a la muerte, un obús desprendió la cabeza del coronel cuyo cuerpo siguió, al galope, al frente de la carga en la cual todos fueron muertos; al terminar su discurso, salta la cabeza y se coloca sobre su cuerpo, ordena "Au galop" y los coraceros pasan en orden de carga.

Las tropas se forman en batalla. Decaen vuelve a saludar ante la virgen. De abajo, de Francia llega rumor de órganos y una oración que es una súplica, pero que más parece dirigida a un Jehová tonante y vengador que a un Dios cristiano.

Se oye el ¡Santo, Santo, Santo! y con gran escenografía, entre trompetas y un río de luces que salen del Triángulo y que todo lo iluminan, incluso a Alsacia y a Lorena, aparece Jesús con San José y San Pablo; todos se prosternan, Cristo resplandece y al autor "de peur d'avoir les yeux brûlés" se tapa con el manto de Dante.

Cristo ordena a San Pablo que hable y éste pronuncia una arenga que es admonición y profecía, en la cual el autor compendia sus ideas sobre su patria y el espíritu y finalidad de su libro: San Pablo, en 48 tercetos, afirma que Francia quiere rehacerse pero hay desconcierto, algunos hablan "d'exhumer le maudit de Sedan" pero hay que apoyar a Thiers, hay que fortalecerse y con Cristo a la cabeza serán invencibles; la fuente de las desgracias ha sido el lujo y los vicios; pide sencillez "mâle et republicaine"; hay que difundir la instrucción y reprimir los abusos del alcohol y el ajenjo; hay que atacar a los librepensadores, rezar y trabajar, quemar los libros de escándalo pero se debe coordinar lo laico

y lo clerical y los sacerdotes no deben mezclarse en la política; hay esperanzas, Jesús ha hecho el balance y los crímenes de Prusia han pesado más, el pueblo francés ha conservado el honor; finalmente, profetiza que un Judas Macabeo aparecerá, pacificará al mundo y destruirá a Berlín. Naturalmente la multitud se estremece, los portaestandartes lloran y San Pablo termina bendiciendo a todos en el nombre del Padre...

Se rompen filas, todos van de un lado a otro; ya de retirada, un demonio que Séguier denomina, pintorescamente, "prussolâtre" ataca al ángel guardián de Francia pero éste con su espada lo corta en dos, y una voz dice: "ainsi tu périras, colosse germanique".

Regresan volando por el éter Dante y Séguier y se les une un anciano, que es un antepasado del autor a quien Dante aludió en su *Divina Comedia* (como lo explica una nota con referencias a la antigüedad de la familia Séguier). El Conde pide a su ancestro lo lleve al país natal pero el anciano se niega: "Mieux vaut t'en rebannir. De loin, dans son pays on est meilleur prophète..." Llegan a México y sus acompañantes, antes de abandonarlo, aconsejan a Séguier: "Travaille, écris, guéris, et rends gloire au Seigneur", y cuando el autor, obsesionado, les pregunta cuándo tendrán los franceses su revancha contra los prusianos, la respuesta son las palabras del último verso, con el que termina el poema:

Du jour où vous serez tous soldats, tous chrétiens!
(p. 157, v. 6)

*

Desde las primeras líneas de su libro, el autor expone el sentimiento que lo mueve y que es el objeto de su obra: "Cet Épilogue a un but patriotique et social. Il se divise en deux parties. La première retrace les supplices des grands coupables contemporains; la seconde est l'apothéose des nombreuses victimes faites par Guillaume et par les Communeux."¹

Así pues, el sentimiento primordial que informa la obra es un fervor patriótico, exaltado por el dolor de la derrota y la amargura de ver un trozo de la patria arrebatado por el triunfador. Es claro que tal aserción resulta demasiado general, y que sólo un examen detenido y en detalle podría dar buena cuenta del criterio y de las ideas y el carácter del Conde

1 Séguier usa indistintamente los términos *communeux* y *communistes* para designar a los partidarios de la Commune; por mi parte, yo prefiero usar el término *communard*, hoy mayormente empleado. Cabe, aquí, recordar que el movimiento de la Commune, insurrección contra el gobierno provisional a la caída del Segundo Imperio, se mantuvo en París del 18 de marzo al 27 de mayo de 1871.

Séguier, que en su obra se translucen con gran nitidez, pero no es posible reproducir aquí todos sus juicios y de los nombres históricos que cita será preciso elegir solamente unos pocos, sin embargo, creo que eso bastará para orientar al lector que no pueda consultar, directamente, este curioso libro al que me refiero.

Los condenados al Infierno por Séguier pueden repartirse, aproximadamente, en cuatro clases: los heterodoxos de diversas especies, los militares alemanes y demás adversarios de la Francia del 70, los franceses culpables de la derrota en esa guerra, los que de cualquier manera participaron o simpatizaron con la Commune.

Entre los primeros menciona a Arrio, a Lutero, a Zwinglio, a Voltaire, como era de esperar, y a algunos muy modernos para su época como Renan, Allan Kardec y, cosa inesperada, a un tal Young a quien llama "pontife Mormon, roi des fornicateurs", aludiendo a uno de los primeros jefes de aquella secta que, como es sabido, permite la poligamia. Pero mucho más extraño es encontrar en ese infierno a ¡Littré!; semejante condena la explica así su autor: "... Littré, traducteur de Strauss, savant positiviste et athée «singé perfectionné», selon ses propres doctrines, membre de l'Académie des inscriptions, depuis 1839 et, en dernier lieu, de l'Académie Française, malgré la juste opposition de Mgr. Dupanloup qui, déjà, en 1863, avait fait échouer sa candidature..." (p. 170, n. 40). Es explicable que en un católico y terciario franciscano como Séguier pesaran mucho las diatribas intolerantes de un obispo pero, aun así, no deja de parecer excesivo atreverse a mandar al infierno al ilustre y docto Littré, grande lingüista de quien se ha dicho que en él hasta las equivocaciones hacen regla, cuyo Dictionnaire de la Langue Française fue calificado por Pasteur de "monument national". Realmente el Conde Séguier le llevaba ventaja a Monseñor Dupanloup.

En cuanto a los prusianos, basta reproducir los versos que refieren el encuentro del autor con las dos figuras mayores: Bismarck y el Emperador Guillermo, del primero dice:

—Quel sera celui-ci, sous trois changeantes faces,

Loup, vautour et renard, fantôme singulier?

—Quoi! dit l'Alighieri, ces animaux rapaces

Ne te désignent pas le *prusien* Chancelier?

(p. 32, v. 3-6)

Páginas adelante encuentra al Emperador :

Sur un ilot, battu par les ondes vermeilles,
M'apparut, de la rive, une cuve d'airain
Au pétrole chauffée, à l'instar de Bazeilles.²

Guillaume était dedans. L'eau sanglante du bain
A sa bouche montait ... Il n'avait plus d'oreilles,
L'annexeur de l'Alsace et du pays Lorrain ...

(p. 41, v. 10-15)

Con los prusianos invasores estarán los franceses que Séguier considera traidores a su patria, por ejemplo Bazaine (al que luego me referiré en relación con México); Bourbaki a quien acusa de robo y fraude en el aprovisionamiento del ejército; Jules Favre, cuya condenación sólo podría explicarse mediante prolijas referencias a las agitaciones políticas entre la caída del Segundo Imperio y la consolidación de la Tercera República. Con ellos está, asimismo, Napoleón III, al que Séguier mira exclusivamente como traidor y cobarde, lanzándole los más rabiosos y virulentos epítetos, con evidente injusticia, pero que quiero citar textualmente por lo que ilustra sobre las ideas y el temperamento de Séguier, quien increpa así a "l'Homme de Sedan":

Toi, qui surpris deux fois les votes de la France
Qui, naïve, te crut un vrai Napoléon,
Misérable empereur, Grec de la Décadance,

Pur baudet revêtu de la peau du lion,
Dans ce lieu de douleurs que juste est ta souffrance
Lièvre sexagénaire, affreux caméléon!

Au respect seule oblige une noble infortune:
Tu fus vil, pour cela je crache avec mépris
Sur ton ombre, ô flatteur de l'horrible Commune ...

(p. 22, v. 13-15 y p. 23, v. 1-6)

Esas últimas palabras nos llevan, directamente, a uno de los trazos más característicos de la obra: la condenación, el odio y el horror a la

² Aludiendo a que esta población fue incendiada por las tropas alemanas en la guerra del 70.

Commune; por lo mismo, muchos son los communards atormentados en los círculos infernales, citaré aquí sólo unos cuantos nombres, procurando apuntar en su diversidad los que mejor representan aquello que el autor quería anatematizar.

Desde luego encontramos condenaciones colectivas, algunas justificadas como las que recaen sobre “les assassins des otages”, pero hay otras discutibles y que sólo puede justificarlas la fecha y el lugar (próxima la una, distante el otro) en que la obra fue redactada; así las que se refieren a las “pétroleuses”, aquellas pétroleuses negadas por las declaraciones de Louise Michel, poetizadas en la Melusine del precioso cuento de Alphonse Daudet, acaso de verdad inexistentes o, al menos, de importancia muy por debajo de la que les atribuyó el encono de los anti-communards.

Un ilustre condenado por Séguier es el pintor Émile Courbet:

—Une autre flame brille et se tord en colonne:
De celle de Vendôme on dirait un tronçon . . .
—Elle enferme *Courbet*, la sotisse en personne.

Tu sais qu'il conseilla d'abattre sans façon,
Aux fanfares des Huns campés près de Charonne,
Le bronze d'Iéna, trop gênante leçon.

(p. 32, v. 13-18)

Es verdad que Courbet votó por derribar ese monumento, pero lo de que ello se hiciese “aux fanfares des Huns” es pura imaginación rencorosa o, peor aún, puro ripio del Conde Séguier quien, además, no tenía por qué llamar a Courbet “la sotisse en personne”; y como si esos ataques fuesen poca cosa, todavía añade una nota que tiene interés reproducirla aquí porque en ella se implica a otro gran pintor francés, dice Séguier: “Un verdict d'indignité a été prononcé contre ce déboulonneur de la Colonne, par toute la corporation des peintres. Voici en quels termes M. Meissonnier a motivé son vote: «Jamais je ne consentirai à faire partie d'un jury pour lequel les questions d'honorabilité ne primeraient pas toutes les autres. Nous devons rejeter M. Courbet de notre sein; il doit être *mort* pour nous.» —Nous apprenons que le sieur Courbet et ses complices vont être solidairement tenus de relever à leurs frais la colonne qu'ils ont renversée. Le gouvernement poursuivra devant les tribunaux l'exécution de cette obligation.” (p. 169, n. 27.)

Afortunadamente, todo eso está hoy más muerto que el cadáver, invisible, de *L'enterrement à Ornans*, pero el autor de esa obra, Émile Courbet está vivo en toda su magnífica pintura.

No es cuestión de discutir aquí si la Commune fue producto de l'Internationale o solamente auxiliada o estimulada por ésta, lo que cabe anotar es que Séguier las consideró coparticipes, lo cual sí fue verdad, y a los miembros de aquella que fue la Primera Internacional los manda al noveno círculo del infierno donde son atormentados, comenzando por el maestro:

Internationaux, *Marx*, le dieu de vos rêves,
Se traîne, pantelant, sur ses genoux rompus.

(p. 31, v. 4 y 5)

y continuando por otros nombres de figuras hoy casi olvidadas; pero, a pesar de los suplicios, en el Infierno resuena el grito: *Vive l'Humanité!*

Entre los nombres de activos y heroicos communards —que Séguier execra— están, por ejemplo: Delescluze, Raoul-Rigault, Ferré, su platónica enamorada Louise Michel, a quien Séguier llama innoble porque según él: “Chanta la Carmagnole au coeur de Saint-Sulpice.” Es claro que Séguier sólo supo de Louise Michel lo que dirían los periódicos de 1871 y a sus ojos no sería más que una de las abominadas pétroleuses; en realidad, ella fue una extraordinaria figura revolucionaria desde antes de los días de la Commune, durante los cuales desplegó una actividad casi increíble: lo mismo en los bastiones de Montmartre que con los niños de su escuela, tanto en lo administrativo como en lo militar; no fue fusilada en el campo de Satory como ella lo pidió; después de volver de su larga confinación en Nueva Caledonia todavía alcanzó a ver la Segunda Internacional y trabajando activamente por ella —Louise Michel fue siempre en el fondo una anarquista—, murió en 1905.

Aunque el paso por el Limbo es fugaz, permite apreciar bien los sentimientos que guían al autor. Allí hay sólo tres personajes, como dije antes: Virgilio, que saluda a Dante, es la relación entre la obra de este último y el *Épilogue* de Séguier; Ovidio, por motivos personales, pues Séguier, entusiasta humanista, había traducido parte de la obra del poeta latino; Vercingétorix, como representante de la Francia precristiana; por eso, al despedirse, dicen:

De loin je saluai les trois esprits fameux.
 —Dieu protège ton luth! me cria mon Ovide.
 —Dieu sauve les Français! dit le chef belliqueux.

(p. 55, v. 10-12)

Claramente se ve, y luego en la segunda parte podrá confirmarse, que lo más doloroso, para Séguier, era la pérdida de las provincias de Alsacia y de Lorena; de ello culpa muy directamente a Napoleón III y, aunque no extiende sus cargos explícitamente hasta la Emperatriz, su desafecto por todo el régimen del Segundo Imperio es manifiesto. Lástima que Séguier no hubiese podido vivir diez años más —páginas adelante veremos que murió en 1909—, de haber sido así habría tenido: primero, la inmensa alegría de presenciar la reivindicación de las provincias anexadas y, en segundo término, acaso habría sabido que aquel régimen odiado debía ser juzgado en muy otra forma que como él lo había hecho. A propósito de esta parte, y por lo mucho que con ella se conecta, creo que no está por demás divulgar una página de un estudio recientemente publicado, que refiere lo siguiente:

La ya ex Emperatriz Eugenia, en octubre de 1870, escribió desde Inglaterra a Guillermo I queriendo evitar la anexión de Alsacia y Lorena y proponiéndole, en cambio, ensanchar los dominios del nuevo imperio a costa de las colonias francesas, concretamente tomando la Cochinchina. Bismarck, que recibió la proposición por medio de Théophile Gautier, hijo, no quiso tomarla en cuenta. Y, dice el historiador: "Le 26 octobre 1870, le roi Guillaume répondit à l'Impératrice. Dans ce message, très courtois de forme —Guillaume se souvenait d'avoir été, pendant l'exposition de 1867, l'hôte fêté des Tuileries— mais cynique quant au fond, le roi indiquait les raisons pour lesquelles il était contraint d'annexer l'Alsace et la Lorraine: «L'Allemagne veut être assurée que la guerre prochaine la trouvera mieux préparée à repousser l'agression, sur laquelle nous pouvons compter aussitôt que la France aura réparé ses forces ou gagné des alliés. C'est cette triste considération seule, et non le désir d'agrandir ma patrie, dont le territoire est assez grand, qui me force à insister sur des cessions de territoire, qui n'ont d'autre but que de reculer le point de départ des armées françaises qui, à l'avenir, viendront nous attaquer.» Estimant que cet aveu dépourvu d'artifice pouvait servir la cause nationale, l'Impératrice, en 1918, remit la lettre de Guillaume Ier. au gouvernement français. Le président du Conseil Clemenceau communiqua le document au président Wilson. Sur la vu de ce texte significatif, le pré-

sident des États-Unis, constatant que l'Alsace et la Lorraine avaient été réunies à l'Allemagne, non pas en vertu de considérations ethniques, mais pour des raisons seulement d'utilité militaire, renonça à demander un plébiscite dans les provinces desannexées. Eugénie n'a pas réussi à sauver, au pris de la lointaine Cochinchine, les provinces de l'Est. Du moins, à retardement, sa démarche a-t-elle rendu à son pays un ultime service, un service imprévu, en facilitant, cinquante ans plus tard, le retour de l'Alsace-Lorraine à la France." *

Lo anterior ha sido un mero paréntesis, una digresión que, así lo espero, no haya estado desprovista de todo interés. Algunas otras observaciones similares podrían hacerse, a lo largo de la lectura de los tercetos de Séguier y, más aún, de sus notas relativas; pero esto, por una parte, alargaría muchísimo esta reseña y, sobre todo, no me corresponde semejante tarea, que yo no podría llevar al cabo con toda felicidad, sino a quien tenga mejores conocimientos que los míos —tan elementales— sobre la historia de Francia.

Pero, como dice el propio Séguier, en una línea de su larga nota segunda, para poner término a digresión análoga a la anterior: "Et maintenant, chers lecteurs, revenons à nos moutons, c'est à dire à nos tercets..."

Los personajes del Paraíso son muy numerosos: 224, divididos en dos grandes desfiles, 125 en el primero y 99 en el segundo. Sería, pues, abrumador el mencionar siquiera a la mayor parte de ellos; en el presente estudio eso no puede hacerse, tal vez si alguna publicación de historia francesa se interesa en ello, podrían allí darse a conocer, en forma de índice, las listas completas de los trescientos y tantos nombres de franceses ilustres que pasan por las páginas del Conde Séguier.

En el cielo, el primer desfile lo encabezan, como dije páginas atrás, Napoleón I, Carlomagno y Clovis. Los sigue una pléyade de ilustres militares, desde luego los napoleónicos: "Le bravissime Ney..., l'homme-sabre Murat..., Masséna..., Cambronne, dont la voix défiait les canons..." y también otros muchos Mariscales de Francia, guerreros contemporáneos y de los viejos tiempos: Godefroy de Bouillon, Bayard, Du Guesclin, Turenne, Condé, etc. y, entre tal enumeración, un verso que dice:

Bugeaud, que sa casquette à nos regards décèle...

(p. 73, v. 17)

3 Georges Taboulet. "Le retour de l'Alsace-Lorraine à la France", dans revue *Miroir de l'Histoire*, N° 108, Paris, décembre 1958, p. 700.

COMTE SÉGUIER.

ÉPILOGUE

DE LA

DIVINE COMÉDIE

L'ENFER

UN COIN DU PARADIS

ET ENCOREMENT

UNE ÂME DU PURGATOIRE

De tes grandeurs tu sus te faire absoudre,
FRANCE, et ton nom triomphe des revers :
Tu peux tomber, mais c'est comme la foudre
Qui se relève et gronde au haut des airs.

[BÉRANGER.]

MÉXICO

IMPRIMERIE DE DIAZ DE LÉON ET WHITE

RUE LERDO NÚMERO 2

1873

TOUS DROITS RÉSERVÉS

1. Facsímile de la portada



2. "Depart du Mexique avec Dante Alighiere (20 Janvier 1872)"
Litografia de C. Castro, impresa por V. Debray. México.

No creo equivocarme al afirmar que ese verso, en apariencia obscuro, se refiere al Mariscal Bugeaud de la Piconnerie, de activas campañas y buena administración en Africa del Norte; las palabras citadas hacen suponer que el Conde Séguier estaría en Marruecos, recién ingresado al ejército, y presencié aquel incidente curioso —o lo supo muy fresco y de primera mano— en el cual, a causa de una alarma o ataque nocturno (no recuerdo con precisión, cito de memoria en esta digresión que no vale la pena investigar para su exactitud), apareció el Mariscal ante la tropa tocado con su gran gorro de dormir, lo cual fue tan largamente comentado y festejado que pasó el Mediterráneo y en las calles de París se cantaba:

As-tu vu, as-tu vu
la casquette, la casquette,
as-tu vu
la casquet'du père Bugeaud?

Menciona, en ese desfile, a muchos reyes de Francia, a estadistas como Richelieu y, negativamente, a algunos otros: "Point ne vis Talleyrand..."; pasan muchos santos y los pontífices franceses: "Nos trois papes Urbain... Clément vi..." Entre los hombres de letras hay gran diversidad: Grégoire de Tours, Racine, Corneille, Lafontaine, Pascal, Lamartine, Molière, Vigny, Balzac, Chateaubriand y Alexandre Dumas (le père, supongo, aunque el autor no lo aclara), Casimir Delavigne y con mayor elogio que ninguno ¡Béranger! También respecto a gente de letras hace menciones de carácter negativo, como aludir al General Sigisbert Hugo para atacar a su hijo:

Le père également de ce Victor Hugo
Qui Luzbel du Parnasse *accepte la Commune!*

(p. 72, v. 16 y 17)

Del segundo desfile, que es puramente militar, ya quedó dicho bastante en páginas precedentes.

Finalmente, en esta parte, es preciso decir algo en cuanto al estilo o forma literaria del libro, por más que con ello su autor no resulte muy favorecido pues, como no caben aquí subterfugios, es ineludible consignar que, en más de dos mil versos (la obra contiene más de setecientos tercetos: 226 en la primera parte y 546 en la segunda), lo que en rigor debe llamarse poético, prácticamente no existe.

En su Avant-Propos explica Séguier: "Il eût été plus conforme au rythme dantesque d'entre-croiser les rimes, sans tripler d'abord la première rime féminine: ainsi l'a fait Th. Gautier dans son *Triomphe de Pétrarque*. Mais, entré de plein jet dans notre récit, il nous a paru aussi harmonieux de tripler toutes les rimes, dès le principe." Así lo hace; el que le haya parecido que eso es tan armonioso como el verdadero terceto dantesco ya es señal sospechosa de su oído y de su aprecio por la forma; es claro que con tal sistema no queda rastro del bello encadenamiento de los tercetos auténticos (a-b-a, b-c-b, c-d-c, d-e-d, etc.), y aunque él escriba y haga imprimir sus versos en grupos de tres, el verdadero resultado es que son largas series de grupos de seis alejandrinos de rima alterna (a-b-a, b-a-b, c-d-c, d-c-d, etc. que es igual a: a-b-a-b-a-b, c-d-c-d-c-d, etc.), sin enlace de un grupo con el siguiente de seis, cuyas otras dos rimas son independientes del anterior grupo de seis: naturalmente, con tal sistema, tampoco se ve obligado a terminar con un cuarteto, como sí ocurre en los tercetos a la italiana, pues con tal que los tercetos —que él llama— sean en número par, el último de ellos cierra por sí mismo.

Los versos de Séguier son muy deficientes y no hay para qué examinarlos en detalle. Con la mejor buena fe, en su preliminar antes citado, él afirma: "Nous avons varié notre style, avec les sujets, tâchant toujours d'être simple et rapide, à l'imitation du maître Toscan..."; pero se engañaba totalmente y más vale no entrar en análisis de su estilo, sobre todo en ese punto de la versificación.

Casi nunca hay descripciones, tan necesarias en un poema épico largo; por excepción puede encontrarse alguno que otro toque de color, como el siguiente:

...mit aux pieds du trône vaporeux
De la Vierge, un bel ange, à l'aile brune et rose.

Aigrette de saphirs surmonte ses cheveux;
D'une toile d'argent sa robe se compose,
Ses cothurnes sont peints en rouge lumineux.

(p. 139, v. 2-6)

Lo más suele ser un puro y escueto hilo de narración en el que van ensartados nombres y nombres, salpimentados de adjetivos de admiración o de odio, según el caso. La acción es elemental: los visitantes (el Conde Séguier y su guía Dante Alighieri) recorren los círculos infernales y encuentran condenados, cuyos nombres se dan con epítetos insultantes,

o bien los visitantes están parados y extáticos, en el cielo, mientras los espíritus gloriosos desfilan, en su aspecto corporal, más bien como un río de nombres propios.

A pesar de que, en principio, el Conde gusta de ser tradicionalista en muchas cosas, también quiere a veces ser innovador e inventa palabras: en su odio a los alemanes los llama “les Huns latinivores”, a un diablo “prussolâtre”; pero lo más curioso es que con eso no cree hacer un chiste o broma, como podría suponerse, sino que con gran seriedad y mayor vanidad, en nota casi al fin del libro dice: “Le lecteur aura trouvé, dans le cours de cet ouvrage, divers néologismes. Nous croyons que *choucrouzman*, *damoclétique*, *manteuffélienne*, *bravissime*, *latinivores*, *archiprobe* et *prussolâtre* s'expliquent d'eux-mêmes... Nous créons maintenant l'adjectif *triplique*, pour peindre d'un mot la nature du Foyer où réside un seul Dieu en trois personnes... Puissent ces mots trocver grâce, et mieux, avoir cours” (p. 186 n. 122).

Como uno de los escasísimos detalles de humorismo he aquí este: en el Infierno encuentra a *Kutschke* (tipo ficticio, como el autor aclara en nota) que representa al alemán goloso y tragón, allí está con una bayoneta clavada en la obesa barriga y Séguier, para burlarse de los alemanes, simula en las palabras del soldado la defectuosa y cómica pronunciación del soldado teutón. (He puesto, interlineada, la ortografía correcta que Séguier naturalmente omite, para mejor o más fácil percepción de las palabras deformadas; copio sólo un fragmento para ilustrar el rasgo humorístico):

—Voilà, dis-je, ami Kutschke, un coup en bonne forme.

—Ya, meinherr répond-il, gu'y faire? C'est gomm'ça!

Tant fa la gruche à l'eau gu'à la fin...
va cruche qu'à *comme ça*

Che lampais auzi, moi: te Champagn', te Matère

Je aussi ta Champagne ta Madère

Chur et nuit ch'arrossais et druffes et rognons

Jour j'arrossais des truffes, des

A chamais et sans cesse, oh! ui, fife la Vrance!

jamais oui vive France

Nous brimes, bour mancher, le gemin d'Addila.

primés pour manger chemin d'Attila

Un suave enfin me berfora la banse . . .
souave *perfora* *panse*

(p. 51, v. 5-7, 17 y 18
 y p. 52, v. 1-3)

Aun pecando de audaz quiero apuntar que a veces parece haber, en el lenguaje de Séguier, una cierta influencia del castellano; un ejemplo podría ser ese uso del verbo *perforer*, es indudable que parecería más lógico por todos motivos el empleo de *percer*. ¿Es puro ripio para completar el número de sílabas? ¿Es leve influencia del idioma castellano, que sin duda hablaba Séguier y que había estado oyendo y usando casi continuamente durante siete años que tenía de residir en México cuando escribió la obra que estudio? No tengo yo la competencia bastante para aclarar el punto, solamente he querido señalarlo.

Por otra parte, las alusiones y referencias a México son muy escasas en el poema de Séguier, dos o tres alusiones al paisaje de la alta meseta y los encumbrados volcanes y estas dos o tres a las que me refiero en seguida.

En el fondo del Infierno están “cinq traîtres fameux” (Voltaire, Renan, Judas, Napoleón III y Bazaine) y allí Séguier increpa al Mariscal:

—Et toi, Bazaine, et toi d'un tel César [Napoleón III] complice,
 Sot jouet de Bismark, ténébreux tacticien,
 Fléau de ton armée et d'un peuple au supplice,

Bandit tu livras Metz et Maximilien!
 Qu'un terrestre Conseil t'absolve ou te flétrisse,
 L'Opinion et Dieu t'on condamné: C'est bien.

(p. 25, v. 1-6)

Es evidente la pasión que inspiró esos injustos cargos: ni Bazaine fue juguete de Bismarck (en todo caso lo habría sido de Von Moltke) ni, menos aún, puede llamarse flagelo de su ejército a un jefe que siempre tuvo por sus compañeros de armas verdadero afecto, probablemente porque él hubo de hacer la carrera completa ascendiendo lentamente desde soldado. Respecto a la entrega de Metz, aunque en los días en que Séguier escribe se consideraba un acto de traición, hoy ya ningún historiador afirmaría lo mismo; y, por último, en cuanto a que Bazaine entregase al Emperador Maximiliano, tampoco creo que sea ése el término apro-

piado para calificar las relaciones entre ambos personajes, sería largo discutirlo y no es este el lugar para esclarecer puntos dudosos de juicios históricos. Séguier apoya su dicho con testimonio personal en la nota correspondiente: "Attaché au cabinet de l'empereur du Mexique, après avoir donné en France notre démission de capitaine adjudant-major d'infanterie, nous avons vu de près les faurbes agissements de ce maréchal. Et nous affirmons qu'il a préparé de loin, mieux que personne, le drame de Querétaro." (p. 168, n. 17.)

Es interesante advertir el contraste entre ese odio que siente por Bazaine y el respeto con que menciona a Juárez; al salir del Infierno y volando hacia México, dice:

De l'entété Juárez, je rejoins la patrie
Où sans doute on me croit plagié d'avant-hier.

(p. 57, v. 11 y 12)

Y en la nota correspondiente, añade: "Le Président Juarez avait l'entêtement de sa race, la race indienne. Ce côté de son caractère, respectable à beaucoup d'autres titres, avait fini par déchaîner une ardente guerre civile que sa mort seule a calmée." (p. 173, n. 64.) Pero esa calma lo fue de un momento, el propio autor lo confirma así en otra nota, ya al fin del libro, redactada probablemente unos seis meses después que la anterior: "Le Mexique était en pleine révolution, deux mois avant notre descente aux enfers, et la guerre civile n'était pas encore étouffée quand nous écrivions notre Ciel" (p. 186, n. 125). En cuanto a ese *plagié* que él mismo se ocupa de subrayar, explica así el sentido "mexicano" en que emplea ese término: "*Plagier*, verbe connu, trop connu au Mexique, signifie prendre, enlever quelqu'un, le faire disparaître en un mot, jusqu'à ce qu'il ait payé une rançon quelquefois considérable" (p. 173, n. 65). Que no exagera un ápice lo atestiguan, lamentablemente, los periódicos de la época.

En el gran desfile celestial de héroes, santos, escritores, etc., casi codeándose con Masséna, pasa el comandante Testard; esa mención es un puro tributo a la amistad, pero por cuanto alude a México quiero consignarla aquí, con las palabras de Séguier: "Notre glorieux ami Zacharie Testard, ex capitaine aux Tirailleurs algériens, promu au commandement d'un des bataillons mixtes des *Chasseurs de México*. Le 3 Oct. 66, au combat de Miahuatlan (Et. d'Oaxaca), il fut sommé de se rendre et

préféra mourir. Touché de son héroïsme, le général Porfirio Diaz, son vainqueur, lui fit faire de belles funérailles" (p. 176, n. 16).

Muchos otros de los militares que menciona, en los dos desfiles, estuvieron en nuestro país más o menos tiempo, muchos en el Corps Expéditionnaire du Mexique y otros, como el propio Séguier, adscritos a otros cuerpos que dependían directamente del Emperador Maximiliano.

La última alusión a México, en el penúltimo verso, es cuando los acompañantes de Séguier se van y desaparecen "... près de *la Femme blanche*", es decir hacia las cumbres nevadas del Iztaccihuatl.

*

¿Quién fue el autor de ese raro libro, de esa extraña obra, de la cual me he permitido dar una información tal vez en exceso prolija?

Desde luego se ocurre pedir información al propio libro; así lo hice, pero quedaban muchas lagunas y, sobre todo ¿cómo averiguar lo relativo al autor después del año de 1873 en que data el preliminar y publicar su obra?

Inicié pesquisas e indagaciones entre algunos colegas y amigos; en su mayor parte ignoraban la existencia del libro y de su autor, alguno había visto aquél, sin mayor examen y otros recordaban vagamente el nombre de Séguier; con mayor precisión, mi docto amigo el señor don Manuel González Montesinos, eminente profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, me indicó la consulta de una obra de don Augusto Génin y hasta me obsequió, con gentileza y generosidad, un ejemplar de ella.

Meritoria es esa obra de Génin⁴ por los muchos datos que proporciona acerca de sus compatriotas en México. En el caso particular del Conde Séguier también puede ser de cierta utilidad para quien no pueda allegarse directamente al *Épilogue de la Divine Comédie*, pero quien conozca este último libro verá que Génin sacó de allí, exclusivamente, todas sus informaciones y en nada las aumenta. Lo que sí agrega Génin son los ataques que de diversos modos hace al Conde Séguier. Es preciso mencionar algo de eso, pues el dejarlo pasar en silencio podría tomarse por aquiescencia cuando, en verdad, me parece muy censurable tal actitud del señor Génin: él, desde luego, comienza por dudar hasta del nombre del sujeto de quien adelante se burlará con no poca saña, dice Génin: "Au cours de l'Intervention, le Mexique connut un Français qui se nommait

⁴ Auguste Génin. *Les Français au Mexique du XVIIe siècle à nos jours*. Nouvelles Éditions Argo, Paris, 1933. Pp. 506-509.

ou se faisait appeler le Comte Ulysse de Séguier. Nul lien, je pense, n'existait entre lui et l'illustre famille des Séguier, magistrats de père en fils, depuis le XVIIe siècle jusqu'au XIXe..." En cuanto a la obra (*l'Épilogue*) simplemente la desdenna, en lo cual está muy en su derecho y en razón si mira, como lo hace, a la calidad literaria de los versos. Se burla, luego, de las curaciones a las que Séguier andaba dedicado (de las que más adelante trataré), aunque escépticamente concede: "D'après les journaux de l'époque, il semblait même avoir eu de nombreux succès, ce qui est possible: les malades étant si curieuse matière..." El motivo de sus burlas y ataques a Séguier lo manifiesta Génin protestando, indignado y violento, por los insultos que hay en el poema contra Bazaine y Napoleón III, según hemos visto, pues Génin tenía al segundo Emperador en muy alto aprecio y llega a decir que, en su artículo sobre Séguier, cita los tercetos de éste "pour montrer à quel degré de bêtise la passion politique peut conduire un homme", pero, como suele ocurrir, M. Génin no se percató de que en él, también, es un motivo de pasión política el que le hace incurrir en otras tantas ofensas cuantas son sus burlas y dudas, sin pruebas ni fundamento, acerca de la progeñie, de la personalidad y de los méritos de su compatriota, a quien satiriza hasta la última línea del artículo que le dedica.

No habiendo, pues, podido encontrar nada nuevo en cuanto a informaciones en Génin, parecía que sería preciso atenerme únicamente a lo que el poema y las notas podían proporcionar.

Diversas alusiones concretas, en los versos a lo largo del poema, esclarecidas y explicadas en múltiples notas, contienen no pocos datos que el autor ha querido dar de sí mismo, que si no son bastantes a cubrir su biografía sí dan una sólida base, si se las ha leído con cuidado y sin los prejuicios despectivos con que las vio don Augusto Génin.

Por esos datos sabemos que Ulysse François-Ange de Séguier, Conde de Séguier, nació en Narbona; que ingresó muy joven al ejército de su patria, que en 1852 era ya Sargento de Granaderos y el 2 de diciembre de ese año rindió honores, como jefe de la guardia, en la puerta de Saint-Cloud al Príncipe Presidente que iba a ser proclamado Emperador. Poco después, Séguier participó en la guerra de Crimea y asistió al sitio de Sébastopol; más tarde estuvo en la breve pero brillante campaña de Italia. Ya con el grado de Capitán se dio de baja en el ejército francés. Hacia 1863 ocupó sus ocios en traducir buena parte del *Ars amandi* de Ovidio. En 1864 o en 1865 (probablemente en la primera de esas fechas) vino a México, pero no en las filas del Corps Expéditionnaire, puesto que ya no

figuraba en el ejército de Francia; entró a servir en el Gabinete militar del Emperador Maximiliano. A la caída del Imperio se quedó en México y hay noticias de que, entre 1869 y 1873, Séguier anduvo recorriendo diversos lugares del país (al menos, concretamente, los Estados de Michoacán, Jalisco y Guanajuato); en dicha época hay diversas informaciones acerca de que el Conde se dedicó a hacer extrañas curaciones, sin medicinas, solamente imponiendo sus manos sobre los enfermos.

En la segunda de las notas, en la parte final de su libro tantas veces citado, Séguier trata largamente de esa actividad en dicha parte de su vida (tan largamente, que no cabe aquí transcribirla, a pesar del interés que tiene, pues ocuparía esa copia más de media docena de estas páginas), información que da reproduciendo testimonios certificados, avisos y artículos de prensa, etc. El Conde Séguier, que era católico ferviente y pertenecía a la Tercera Orden de San Francisco, rechaza enérgicamente ciertos comentarios de que en sus curaciones intervenían los espíritus, el hipnotismo o el magnetismo; para él se trataba sencillamente de un don que Dios le había dado, uno de los dones del Espíritu Santo que él ejercía, exclusivamente, "par la seule imposition des mains et la foi en Dieu". Además, él consideraba esa actividad como una misión que Dios le había encomendado y que él debía cumplir; así se ve en aquellas palabras que le dirige el anciano, antepasado suyo, que los acompaña al regresar del Paraíso, ya casi al final del poema, pero más claramente lo dice el propio Séguier en la nota mencionada, refiriéndose con agradecimiento a nuestro país, textualmente escribe: "Nous ne terminerons pas cette note déjà longue, mais nécessaire, et dans laquelle nous ne faisons que *rendre à Dieu ce qui est à Dieu*, sans adresser ici nos remerciements les plus vifs à la chère nation mexicaine. Du pauvre au riche, de la cabane exigüe de l'indien aux vastes toits de l'*hacendado*, aux champs, dans les villes, partout, durant cette mission périlleuse de quatre ans qui nous était comme imposée, nous avons été fêtés, comblés d'égards, ma femme et moi, encouragés, défendus quand, de loin en loin, il se produisait quelque attaque de l'Incrédulité contre «mon système». Nous n'oublierons jamais les nombreuses foules, si devouées, qui suivaient nos pas... Nous nous rappellerons toujours avec attendrissement le précieux concours des familles, des autorités civiles, militaires, ecclésiastiques, et celui de la Presse si intelligente et si distinguée de ce beau pays" (p. 164).

Las curaciones parecen haber sido de lo más diverso y algunas de ellas de lo más impresionante. Los testimonios son de personas honorables

y conocidas, particularmente un testimonio certificado, en Morelia el 26 de noviembre de 1869, que firman tres profesores de medicina, un magistrado, dos jueces, el Deán de la Catedral y otras personas, entre estas últimas el Barón de Brackel-Welda,⁵ personaje también un tanto excéntrico, aunque muy diferente de Séguier, periodista y científico, que residió muchos años en este país.

Con la referencia de que el poema se acabó de componer, toda su segunda parte, en los meses de mayo a octubre de 1872, en la ciudad de Celaya, Estado de Guanajuato, y que el preliminar del libro fue escrito en México y fechado el 20 de marzo de 1873, seguramente al entrar el libro a prensas, se acaban los datos que allí se suministran.

Como ya indiqué, páginas atrás, los datos contenidos en el libro mismo dejan muchos huecos que yo necesitaba llenar, sobre todo quería saber si el Conde Séguier había muerto aquí y cuándo (de lo cual no encontraba rastro alguno) o sí, como sospechaba, había regresado a Francia y qué había hecho a partir del año de 1873.

Después de inquirir con los amigos próximos decidí importunar a otro, no residente aquí, pero de quien esperaba seguros informes por su mucho saber y el gusto con que toma estas cosas de erudición, que si hay algunos a quienes parecen inútiles y fastidiosas otros las acogemos como una de las más gustosas ocupaciones que puede ofrecernos la vocación de las letras. Confiando, pues en las claras luces, en la erudición y en la generosidad de don José M. González de Mendoza, entonces Encargado de Negocios a. i. de México en París, a él me dirigí, resumiendo los datos habidos y rogándole me señalara pistas para encontrar los faltantes.

En una preciosa carta, ingeniosa y fina —como suya que es—, con toques de ironía y rebosante de noticias, el señor González de Mendoza me contó las peripecias que hubo de pasar, en la Biblioteca Nacional de París, no encontrando más que referencias mínimas del Conde Séguier o de sus traducciones, pero un investigador tan perspicaz y cuidadoso como él no podía rematar su empresa sino con un feliz éxito y así aconteció:

5 En nota al pie, Séguier dice que Othon-Engelbert, Barón de Brakel-Welda, era hermano de uno de los chambelanes del Emperador Guillermo, refiriéndose a Guillermo I de Alemania. Sobre el curioso personaje que era ese Barón de Brakel-Welda y sus muchas relaciones con los intelectuales y literatos mexicanos, da muy interesantes noticias la Dra. Marianne O. de Bopp en el estudio preliminar de su libro *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*. Eds. Filosofía y Letras, vol. 18. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1958.

en una vieja revista de bibliografía y erudición encontró una nota necrológica que viene a completar, muy satisfactoriamente, las noticias acerca del Conde Séguier.

Es tan remoto que algunos de los estudiosos que se interesen por temas como éste (y sus conexiones con escritores extranjeros en México, ensayos de literatura comparada acerca de influencias literarias, etc.), puedan consultar directamente la revista de que se trata, que me parece muy preferible transcribir aquí, íntegra, la susodicha nota, reproduciendo la fiel copia que recibí del señor González de Mendoza a quien deseo dar públicamente las más rendidas gracias por su eficaz y generosa colaboración:

Polybiblion. Revue Bibliographique Universelle. Paraissant tous les mois. Partie littéraire. Deuxième série. Tome soixante-neuvième (Cent-quinzième de la collection). Paris (7è.) Aux Bureaux de Polybiblion, 5, rue de St.-Simon. 1909. (Fascicule de juin 1909, pp. 536-538.)

Chronique

(p. 536) L'un de nos plus anciens collaborateurs, le marquis de Monclar nous adresse l'intéressante notice nécrologique dont le texte suit:

Le 18 avril dernier s'est éteint pieusement, à Santa Maria des Baléares (Ile de Majorque), Ulysse-François-Ange comte de Séguier, ancien officier, consul de France en retraite, né à Narbonne le 2 décembre 1830. Humaniste de premier ordre, à une époque où cette branche de l'érudition est de plus en plus délaissée aux professionnels de l'enseignement, son nom restera lié aux efforts que firent naguère encore nos plus illustres typographes, notamment MM. Didot et Quantin, pour ramener la faveur aux études classiques, tout au moins au moyen de traductions assez exquisement éditées pour les faire ardemment rechercher des bibliomanes.

(p. 537) Doué d'un sens poétique très fin et d'une remarquable aptitude au maniement de la langue, M. de Séguier, sans pour cela négliger le devoir des carrières qu'il a successivement parcourues avec honneur, consacrait ses loisirs à l'étude de l'antiquité, s'appliquant sans relâche à reproduire en notre langue l'énergique concision des poètes latins et grecs. C'est ainsi qu'il parvint à cette faculté, à peu près unique, croyons-nous, dans les fastes de l'humanisme,

de rendre en français vers pour vers, dans le même rythme, et sans suppressions, les chefs-d'oeuvre de l'antiquité.

Entré à 18 ans dans l'armée, il prit part aux guerres de Crimée et d'Italie. Parvenu au grade de capitaine adjudant major, il donna sa démission et se rendit à Mexico auprès de l'empereur Maximilien, au cabinet duquel il fut attaché assez longtemps. Mais désireux de mieux connaître un pays nouveau pour lui, il entreprit, accompagné de Mme. la comtesse de Séguier, une étude méthodique de l'intérieur, au cours de laquelle le surprit la tragédie de Quérétaro. Tous deux savaient si bien se faire aimer de tous, riches et pauvres, qu'ils purent, nonobstant, y séjourner plusieurs années encore sans renier leur drapeau, et en rendant souvent service auprès des autorités à nos compatriotes alors privés de tout appui diplomatique ou consulaire. Aussi, à son retour, en 1877, M. de Séguier fut-il appelé par le Duc Decazes au service de son Département. Succesivement consul à Koenigsberg, Dublin, Newport, la Corogne, détaché comme commissaire du gouvernement à Madagascar au début de l'occupation française, puis envoyé de nouveau à Sydney, à Batavie, c'est au cours d'une vie aussi active qu'il trouva le moyen, sans négliger en rien les devoirs de sa charge, d'acquérir une connaissance prodigieuse de l'antiquité.

La maison Quantin, au moment où il revenait du Mexique, commençait la publication de l'exquise série in-32: "Petits Chefs-d'oeuvre antiques." Là parurent, en 1879, la traduction des *Amours* d'Ovide, et, en 1883, celle des *Odes et Epodes* d'Horace.

Un second volume devait compléter Horace. Mais cette collection n'ayant point été continuée, la maison Didot lui demanda la suite de ses travaux, et donna coup sur coup, en format in-12 carré avec vignettes à chaque page, en 1895, les *Oeuvres complètes d'Horace*, et, en 1896, la traduction, également vers pour vers, de l'*Odysée* d'Homère.

L'heure de la retraite avait alors sonné. Plus fait aux climats chauds qu'aux hivers de la France centrale où l'avaient rappelé des attaches familiales, M. de Séguier transporta sa résidence aux Baléares. Et ne pouvant plus surveiller de près l'impression de ces chers poèmes s'ils eussent été édités à Paris, il eut l'art de former à des publications dignes des bibliophiles les plus exigeants, l'imprimeur de la modeste petite ville de Felanitx, à Majorque, M. Bartolomé Reus. C'est ainsi qu'ont été donnés, en éditions petit in-8, impeccables de correction et d'élégance typographique, d'abord en 1906, *Les Argonautiques*, d'Apollonius de Rhodes, et en 1908, un 2^e volume portant comme titre général: *De l'Hélicon au Calvaire*, et en renfermant: *La Théogonie* d'Hésiode *Le Rapt d'Hélène* par Coluthus, *La Prise de Troie* par Triphiodore, *Les Perses* d'Eschyle, et enfin *Le Christ Patient*, de saint Grégoire de Nazianze, drame en cinq actes, qui a été le prototype de tous les *mystères* religieux depuis les premiers temps de l'Eglise.

L'espace nous manque pour parler des poésies originales qu'il a semées aux vents des cinq parties du monde, bluettes souvent charmantes, mais dont il ne gardait même pas trace. Une seule composition a pris allure de poème: son *Épilogue à (sic) la Divine Comédie*. Cruellement atteint par les désastres de 1870, il exhala sa douleur, aussi bien que ses angoisses pour / (p. 538) / l'avenir, en tercets dantesques. Ce livret fut imprimé à petit nombre en 1873, à Mexico; et déjà à cette date, dans une vigoureuse prosopopée faisant parler saint Paul aux gentils de notre temps, il dit ce que le luxe, la mauvaise presse, l'école sans Dieu, l'abolition de la peine de mort, la lutte contre la religion sous le masque de la tolérance, tous les maux dont nous souffrons, hélas! feront un jour de nous. Dieu veuille que ce grand chrétien ait vu également juste lorsqu'il prophétise ensuite aux Français, pour le jour où le malheur les aura rendus

... un peu plus graves,
Un Judas Macchabée enfanté de leur sein.

.....

Visenot

*

Esa enumeración de las traducciones del Conde Séguier, citadas con todo el cuidado propio de una publicación bibliográfica, tal vez anime a algún colega investigador a examinar dichas obras y a completar, así, la figura literaria del Conde Ulises Francisco Angel de Séguier, cuya silueta humana presenta contrastes tan extraños y desconcertantes como su libro, ese raro y bizarro *Épilogue de la Divine Comédie*, que he pretendido dar a conocer en las páginas precedentes.